CRONICA LITERARIA.

"NADA PARECÍA AMENAZANTE"

> Y es que quizás este pandémico dolor traiga consigo una pandémica esperanza: gente ayudando a la gente, gente combatiendo algo invisible para sostener a otros un poco más en lo visible, gente que no quiere conformarse para que sea posible recuperar la propia salud sirviendo a los demás. (Cristian Avecillas. Poeta Ecuatoriano).

Desde diciembre de 2019 comenzamos a escuchar lo que ocurría en China, pero China está muy lejos, nada podía pasarnos. Pero aquello avanzó y se habló de Italia y algunos casos aislados en España. Durante doce años había estado posponiendo un viaje a Europa y la oportunidad se dio cuando en enero mi amiga valenciana me habló para invitarme a las Fallas, la fiesta más importante de la región. En los festejos previos a la semana santa se montan figuras, formas y colores alusivos a un hecho o acontecimiento y se quema mucha pólvora. Todo esto ocurre a mediados de marzo en Valencia. No era la primera vez que me invitaba, así que sin pensarlo más decidí el viaje. Aproximadamente dos meses para visitar España, Francia e Italia, un recorrido perfecto al que se sumó mi hijo Francisco José. Era una oportunidad para estar juntos y disfrutar de un viaje prometedor.

El 27 de febrero vía Londres llegamos a Madrid. En ambos aeropuertos a pesar del ajetreo se respiraba tranquilidad. En el aeropuerto londinense cientos de personas bajaban y subían las escaleras eléctricas. Personas de múltiples nacionalidades y lenguas jalaban sus maletas sobre los pasillos, otras tantas hacían fila para abordar vuelos a todos los rincones del mundo. Nada parecía amenazante, todo fluía dentro de la normalidad. Lo mismo en Barajas, tranquilidad absoluta, eficiencia, buen trato.

Fuimos recibidos por Consuelo, una amiga de hace más de veinte años. Ella vive a dos cuadras de la terminal de trenes de Atocha. Abordamos uno para llegar hasta ahí, y enseguida caminamos hacia su casa. Una casa enfrente del parque del Retiro. El edificio de principios del siglo pasado conserva un hermoso elevador de fierro forjado que lleva a los departamentos o fincas como ellos les llaman. Era todo un gozo estar rodeados de árboles y museos. A dos cuadras de distancia el museo del Prado, a cuatro más el Thyssen Bornemisza y el Reina Sofía. Caminando por la avenida del Prado se llega a la fuente de la Cibeles y a unas cuadras hacia la derecha la Puerta de Alcalá y hacia la izquierda se alcanza la Puerta del Sol.

En las calles se sentía el frío de finales de invierno. El departamento en cambio nos recibió con calorcito. La calefacción llegaba a todos los rincones de la amplia casa cuyos pisos son de madera. Muchas antigüedades componen su decoración; muebles, espejos, candelabros, cristal cortado, testimonio de un pasado opulento.

Consuelo está jubilada pero eso no le impide moverse como hormiguita por todos lados y abanderar las causas más diversas, desde las feministas abolicionistas, trabajando en pro de leyes que abolen la prostitución, considerada un neoesclavismo; hasta los movimientos de migrantes desamparados expuestos a cuanto abuso sea posible. Eso le hizo invitarnos al día siguiente a una comida-reunión con los llamados *manteros*. Son migrantes del África subsahariana vendedores de cuanto consigan: bolsas, tenis (zapatillas), playeras, ropa, etcétera. Colocan su mercancía sobre mantas en lugares estratégicos, de tal manera que cuando llega la policía a desalojarlos agarran su manta por las cuatro esquinas y corren con el bulto sobre su espalda. Ese día ofrecían una comida en un local pagado por ellos, donde exponen parte de su cultura; algunas pinturas, ropa y artesanías del Senegal. Se organizaron junto con un grupo de franceses que venían, en caravana llamada *de las alternativas rurales y urbanas*, desde Dakar (la capital senegalesa). Habían salido desde San Louis y recorrido parte del continente africano con la intención de hablar de las economías no violentas y denunciar la pobreza sistémica de amplias regiones africanas. *Si el hambre fuese contagiosa ya se habría solucionado. Sin embargo, la miopía nos impide ver que es más peligrosa*. Decían algunas de las consignas de la caravana en el sentido de

considerar las necesidades alimentarias como algo urgente. El hambre como una tragedia humana y la falta de sensibilidad de aquellos que tienen en sus manos el poder de resolverla. Su intención era llegar caminando hasta Ginebra en agosto para unirse a la marcha mundial de JaiJagat que salió de la India para visibilizar a los sin tierra. Según este grupo de franceses, hacer esto, era una forma de pagar una deuda pendiente por su colonialismo del pasado. La comida deliciosa, me hizo recordar mi estancia, hace ya trece años en San Louis, en el Senegal. La acompañaron con una rica agua de flor de Jamaica con romero. Más tarde presentaron una obra de teatro, un monólogo representado por Ibrahima Fainque, que nos contó la historia de un migrante senegalés, Mamie Mbaye, que murió víctima del racismo del estado español, en marzo de 2018. Llevaba quince años viviendo en España sin papeles, era artista. Al verse perseguido por la policía corrió hasta caer muerto. La historia refiere las circunstancias por las que atraviesan los migrantes, cuando forzados por la necesidad salen de sus poblaciones. Lo duro de las despedidas con la madre, la novia, los seres queridos y la llegada a un lugar hostil. Un trabajo actoral y de improvisación sumamente interesante. De fondo la música con la kora, instrumento clásico de aquella región.

En nuestro regreso a casa fue inevitable encontrarnos con dos migrantes jóvenes, drogados con quien sabe qué, tirados sobre los escalones de una plaza. Me dio una gran tristeza, pensé en lo difícil de su llegada, en su travesía peligrosa por el mar en condiciones adversas, para finalmente terminar de esa manera, sin esperanzas, sin nada, sin nadie.

Los días siguientes, aprovechando las tardes de entrada gratuita, fuimos a los museos. El Thyssen es gratuito los martes. Todas las tardes dos horas el Reina Sofía y el Prado. Venciendo las largas colas para acceder al Prado es una delicia recorrer sus salas y encontrarnos con los clásicos indispensables: la pintura negra de Goya. *Las Meninas* de Velázquez, *El jardín de las delicias* del Bosco, la sala dedicada a El Greco. Las múltiples versiones del nacimiento y la pasión de Cristo de maestros del medioevo al barroco, y tantos cuadros más. El recorrido se vuelve interminable, los colores, las formas, los rostros y cuerpos casi vivos, las miradas, la perfección en los trazos.

Al Reina Sofía volví para ver pinturas de Salvador Dalí y, por supuesto, el *Guernica* de Picasso, que dicho sea de paso no me causó la misma emoción que la primera vez. Casualmente esa tarde, en una sala exhibían *Los Olvidados* de Buñuel. Valieron la pena esas ocho tardes de recorridos por las salas de ambos museos. Descubrí detalles antes no observados, me extasié frente a un cuadro de San Sebastián y en compañía de mi hijo Francisco miré cada detalle. En todos los museos se pueden tomar fotografías menos en el Prado, eso lo ignoraba cuándo retraté el cuadro de la pasión de San Sebastián y un vigilante me llamó la atención, pero ya estaba hecho. ¡Qué feliz me sentí al verlo en mi teléfono!

El Parque el Retiro lo recorrimos hasta llegar a La Casa de Cristal; nos encontramos con una exposición de arte contemporáneo. Al día siguiente tomamos el tren de cercanías y nos fuimos a San Lorenzo de El Escorial. Un impresionante e inmenso conjunto de edificios con patios interiores, jardines, una enorme catedral rodeada de capillas; en una de ellas se encuentra un hermoso cristo de mármol blanco al que le cubrieron su sexo con un trapito horrible, seguramente no fue la idea del escultor pero las buenas consciencias así lo quisieron. Aquí se encuentra el panteón de la realeza, tumbas y más tumbas de distintos tonos de mármol con cupo completo, los próximos muertos tendrán que buscar acomodo en otros panteones. Murales, obras de arte interminables pintadas en las paredes de los corredores, cuadros y más cuadros. Después nos trasladamos a la casa de Isabel y Darío, papás de Erick, una rica cena nos esperaba. Fue una sorpresa ver un documental realizado por Erick sobre educación no sexista en las escuelas primarias, con la participación de maestras, madres y padres de familia y por supuesto los chicos y las chicas, una educación integral con grandes resultados.

Al siguiente día tomamos el metro y nos fuimos a conocer el Templo de Debod. Originalmente este templo estaba situado al sur de Egipto, en la Baja Nubia, muy cerca del gran centro religioso dedicado a la diosa Isis, en la isla de Filé. En 1960 se inició la construcción de la gran presa de Asuán. Por lo que el templo quedaría bajo las aguas. La UNESCO hizo un llamado internacional para salvar los templos y España fue uno de ellos. Cuatro de los templos salvados fueron donados por Egipto. España obtuvo en 1968 el

templo de Debod y hoy se encuentra en el antiguo Cuartel de la Montaña. Reconstruido y abierto al público desde 1972.

El 8 de marzo fue tarde de manifestación. El paseo del Prado se tiñó de morado. Miles y miles de banderas, miles y miles de mujeres y hombres de todas las edades conformaban las distintas organizaciones sumados a la marcha. Las monjas exigiendo igualdad, las adolescentes pidiendo respeto, las musulmanas diciendo que podían tener la cabeza tapada pero no el pensamiento. Otras más gritaban "Nos sembraron miedo, nos crecieron alas", retomando el himno feminista mexicano "Vivir sin miedo" compuesto por Vivir Quintana. Otras pidiendo por las llamadas ilegales. "Ninguna mujer es ilegal. Papeles para todas o todas sin papeles". Otras mantas rezaban: "Soy capaz soy fuerte, soy mujer, en igualdad ni un paso atrás". "El feminismo es la idea radical que dice que las mujeres somos personas". "La libertad se aprende ejerciéndola". "No estamos todas faltan las asesinadas". "El machismo es una enfermedad de transmisión social y la educación es la vacuna". "No es culpa de mis tetas, si no me respetan". "Porqué se escandalizan por las que luchan y no por las que mueren". "Nos quitaron tanto que nos acabaron quitando el miedo".

La batucada alegraba la larga marcha de tres horas y media, donde circuló gente y más gente. Decenas de tambores marcando el paso, alegrando a los distintos contingentes, a las familias que salieron para hacerse visibles para rechazar al sistema patriarcal. Todo Madrid estaba ahí presente con las viejas y las nuevas feministas, con las diversas mujeres gritando por igualdad, ejerciendo su libertad sin ningún temor y sin temor de equivocarse.

Todo transcurrió tranquilamente y ya casi para finalizar me encontré de frente con un pequeño grupo de mujeres, llevaban la bandera de México y una manta que denunciaba los asesinatos de mujeres: *En México nos están matando,* decía. Por supuesto las abordé pensando en que eran mexicanas y mi sorpresa fue que no, ellas eran españolas en sintonía con las mujeres mexicanas, hermanadas en la denuncia por tantas y tantas muertas sin justicia. Sobre las torres del Ayuntamiento una luna llena se asomaba en perfecta redondez, con un brillo especial en una noche especial.

Cansadas pero contentas regresamos a casa, no sin antes pasar por un viejo edificio tomado un día antes por *los okupas* con la intención de transformarlo en centro cultural. Había comida y café caliente, lentejas y bollos para todos los que se acercaran.

Después de once días en Madrid, el lunes nueve de marzo partimos hacia Valencia. Luisa nos esperaba con la alegría de las Fallas. Por la tarde nos dio un recorrido por el centro de Valencia, excitada, nos narraba cada detalle, nos mostraba las calles iluminadas festivamente. Los puestos en las esquinas de buñuelos, churros y chocolate instalados para esa ocasión. Algunas instalaciones de monumentos falleros a medio construir, aun así se podía ver su belleza. Los artistas son geniales y buscan motivos sociales y culturales para sus reproducciones gigantescas que en días específicos serán quemadas. A Luisa le encanta la arqueología, la historia y la antropología, es una gran conocedora de su ciudad, conoce cada barrio, cada rincón, cada fuente, cada templo. Nos contó la historia del rey Jaime I de Aragón el conquistador (valenciano-catalán); el significado medieval del Tribunal de las Aguas; de San Vicente Ferrer, del Santo Grial o el Santo Cáliz, protegido en la catedral de Santa María de Valencia desde 1437. En el mismo conjunto de edificios está la Iglesia de San Nicolás apodada *El Vaticano de Valencia,* debido a las impresionantes pinturas realizadas en el techo, sin dejar un espacio en blanco. Luisa manifiesta reservas hacia la iglesia católica por el papel que jugó en la guerra civil española, aliada de los fascistas. Nos cuenta que algunos templos sirvieron para disparar desde ellos a los republicanos y esa es una herida abierta en buena parte de los valencianos.

A la mañana siguiente de nuevo nos instalamos en la plaza del Ayuntamiento para ver la Mascletá. A las dos de la tarde en punto suena el primer *disparo* (cohete) tiene un ritmo que va *in crescendo*. Luisa dice que es como un orgasmo. Pum, pum, pummm, pummmmmm. Cada vez más fuerte sin perder el ritmo, un sonido atronador en toda la plaza; cientos de personas a su alrededor expectantes. Dura diez minutos o más; luego vienen los aplausos para los falleros y las mujeres valencianas que desde los balcones, con sus trajes de fiesta contemplan la Mascletá. El himno valenciano resuena en toda la plaza que paulatinamente va siendo abandonada por la gente. Este espectáculo ocurre todos los días previos a la gran fiesta del 19 de marzo. Cercano el día, toda Valencia se despierta con

cohetes, en un tronerío interminable. En la plaza del Ayuntamiento los falleros construían una gran figura de una mujer sentada meditando. A su alrededor unos osos polares buscando la nieve derretida y más allá unos migrantes subiendo las vallas, escapando de sus perseguidores. Era una falla muy significativa, con un sentido social y ecológico potente.

Las noticias diariamente anunciaban tormenta inminente. Los teatros y cines, aunque no se habían cerrado, limitaban su cupo y dejaban espacios entre persona y persona. Los espectáculos masivos en el país se cancelaban. Esto me obligó a preguntarle a Luisa si no iban a suspender las Fallas y ella respondió *–Si suspenden las Fallas se arma la revolución-*. Las fallas al día siguiente fueron pospuestas para julio. Hubo decepción, tristeza, desconcierto; reclamos de aquellos que habían invertido para la fiesta, de los hoteleros que comenzaron a sufrir cancelaciones, de las floreras cuya materia prima no podía durar hasta julio. De los falleros que no sabían dónde guardar sus creaciones gigantescas, desmontarlas era un trabajo no sólo costoso sino incluso peligroso; ante la cancelación quemaron clandestinamente algunas fallas. Pero no se armó la revolución y se sucedieron las prohibiciones. El *quédate en casa* se impuso. No salgas, no abraces, no beses, no estamos de vacaciones. De golpe todo se cerró; sólo quedaron abiertos supermercados, farmacias, peluquerías y estancos. En aras de la salud la gente se congeló y asumió la consigna.

No entendí la necesidad de mantener abiertos los estancos donde sólo venden tabaco. Su consumo lo consideran de primera necesidad, si no, los adictos podrían enloquecer en el encierro y se arrojarían por las ventanas. Decenas de personas haciendo fila para comprar paquetes de cajetillas. Un portero me comentó que también se trata de intereses económicos porque los impuestos al tabaco dejan grandes ganancias al estado español. Pero esto nos lleva a otra reflexión, si realmente les interesara la salud de sus habitantes, harían políticas públicas para disminuir el consumo, puesto que el virus ataca al sistema respiratorio y los pulmones son los principales perjudicados. El extremo: una mujer con cubre bocas se lo quitaba y ponía para darle bocanadas a su cigarro.

En esos días de prohibiciones en todo España, en cuanto a las mascotas los dueños de perros podían sacarlos a pasear; eso provocó un fenómeno curioso entre vecinos que se prestaban los animales para poder salir. Debido a la demanda, en los refugios los perros desaparecieron, por fin tenían un hogar con personas desesperadas por salir a la calle.

Un jueves de mercadillo aun fue posible. Ese día nos fuimos a la playa de la Malvarosa. Nos llevamos una gran impresión al advertir una densa capa de bruma que cubría el mar y no permitía ver ni a un metro de distancia. Luisa aseguraba nunca haber visto una niebla así en la playa, un fenómeno muy raro que avanzó hacia la ciudad, metiéndose entre los edificios. Recordé *El Viaje de Chihiro*, aquella película japonesa de Miyazaki, tan significativa, cuando una masa amorfa similar caminaba destructivamente. Mi amigo Erick nos comentó que una amiga, ese día, había estado recogiendo en su azotea un polvo azul, muy diferente al polvillo verde que se desprende en época de floración de los olivos. Nos preguntamos si no tendría que ver con los aviones tejiendo redes de vapor en el azul del cielo de manera constante.

A pesar de las medidas restrictivas recién impuestas pudimos trasladarnos a Alicante. Erick daría una conferencia sobre educación no sexista, dirigida a maestras y maestros de educación media. Temía la suspensión de la misma porque todo se estaba cancelando, sin embargo, nos encontramos con un auditorio casi lleno, con gran interés en escucharlo. Antes pasamos por la Universidad para recoger a Abril, hija de Erick quien estudia algo relacionado con la gastronomía. Nos llevó a un restaurante delicatesen en el centro de Alicante, pedimos diversos platillos para compartir y un tinto de verano. De ahí nos trasladamos a un instituto para escuchar la conferencia. Las preguntas posteriores reflejaron una gran preocupación por la pornografía al alcance de los niños y niñas y cómo abordar el problema. Los tiempos eran cortos para tantas y tan variadas preguntas.

El regreso lo hicimos disfrutando del camino. Una línea azul a lo lejos marcaba los confines del mar Mediterráneo. Las montañas dibujaban los perfiles de rostros claramente definidos. Nos llamó la atención una montaña partida a la mitad, un bocado, una rebanada perfecta sacada de la parte más alta. A la derecha en medio del mar ese pedazo de tierra

clavado como una pequeña isla. Erick nos contó que los científicos no tienen una explicación de cómo pudo ocurrir semejante fenómeno, pero las medidas de ese pedazo de tierra son las mismas del hueco de la montaña. ¡Misterio, misterio, nos repetimos!

Al anochecer llegamos a Paterna, un lugar cercano a Valencia donde Erick, debido a la custodia compartida, ha alquilado un departamento para recibir a su hijo Otto de seis años. Su madre lo ha llevado a la peluquería y le han dejado un copetito que lo hace ver muy gracioso, él dice estar contento con su nuevo corte de pelo. Ahí también nos encontramos con la novia de Erick, platicamos unos minutos y regresamos a Valencia.

Luisa está preocupada por las noticias cada vez más alarmantes del avance de la ya declarada pandemia. Coincide con la llamada de Jorge quien desde París nos sugiere regresar a México. *Empiezan a cerrar las fronteras y cada día se irá poniendo más feo*, nos dice. Estamos a 13 de marzo. Entonces llamamos a la aerolínea para pedir el cambio y gracias a la ayuda incondicional de nuestra amiga, todo fluyó, logramos el viaje de vuelta para el lunes 16 de marzo.

Mientras tanto esa noche, en compañía de todos los valencianos, salimos a los balcones con la intención de ofrecerles un largo aplauso a los trabajadores de la sanidad pública que contra viento y marea y poniendo en juego su propia seguridad, atienden a los contagiados. Miles de aplausos, manos golpeando cacerolas, luces saliendo de los celulares, algunos cohetes y hasta el sonido de un caracol que, habitante en la casa de Luisa, a Francisco se le ocurrió tocar hacia los cuatro puntos cardinales, se escucharon en el cielo de Valencia. El viernes por la tarde las noticias son alarmantes. Cada hora en la televisión dan cuenta del aumento exponencial de contagios y del crecimiento acelerado de muertes. Ha dado positivo la esposa de Pedro Sánchez, jefe del gobierno español, y otras mujeres más participantes en la marcha del 8 de marzo. Se declara el estado de alarma general. Fuertes críticas por parte del PP y VOX en contra del gobierno de Sánchez por haber permitido la marcha. Le adjudican el mayor número de contagios por esta permisibilidad y apuntan sus cañones hacia el vicepresidente Pablo Iglesias de Unidas Podemos. “A río revuelto ganancia de pescadores” parecen estar pensando los dirigentes de la ultra derecha.

A partir de ese día anunciaron en la televisión más medidas restrictivas, los edictos, las multas a los desobedientes; los acuerdos entre los partidos para controlar de la mejor manera a la población. Apenas tendremos la oportunidad para abordar el domingo 15 de marzo el Ave y salir de Valencia hacia Madrid. Luisa nos lleva a la estación de trenes a la cual llegamos de inmediato, no hay tráfico, pocos autos circulan por las avenidas. Hemos compartido los espacios por varios días, sin embargo, no hay abrazos de despedida, a lo lejos le decimos adiós. Viajaremos a 300 kilómetros por hora hacia Madrid. Los vagones casi vacíos, pocos pasajeros con cubre bocas y en menos de que canta un gallo ya estamos de vuelta en Atocha. Llueve, es la primera lluvia del año, pensamos en lluvia ácida.

Apurados llegamos a la finca de Consue. Nuevas reglas; habrá que dejar los zapatos en la puerta, nada de abrazos. Sana distancia. Por la noche aprovechamos para ver un documental: *La maleta mexicana.* Narra la historia de tres cajas de cartón desaparecidas durante siete décadas, conteniendo 4,500 negativos de fotografías tomadas por tres fotógrafos: Robert Capa, Gerda Taro y David Chim, sobre la Guerra Civil Española (1936-1939). Se enlaza con la búsqueda de los cuerpos de los abuelos asesinados. Encontrar sus esqueletos, hacer las pruebas y darles sepultura para estar en paz. El documental da cuenta de los cientos de refugiados recibidos por México a instancias de Lázaro Cárdenas y como el exilio nutrió a la sociedad y cultura del país. “Es un film que cuestiona cómo vemos nuestro pasado, cómo lo entendemos, cómo ignoramos y enterramos aquello a lo que preferimos dar la espalda”, nos dice una acertada crítica del documental.

Son las nueve de la mañana del día 16, el camino es corto hacia la estación de Atocha. Las calles desiertas. Huele a miedo. En el Retiro los deportistas han desaparecido. Uno que otro auto, choferes solos en los autobuses. Rápidamente caminamos hacia la estación. Los pasillos acostumbrados al ruido y al movimiento se encuentran vacíos. Los guardianes del orden vigilan que los pocos pasajeros respeten la debida distancia. Tomamos el metro hacia el aeropuerto de Barajas. Todo el bullicio de los días normales ha desparecido. Cerraron tiendas y restaurantes, el ambiente es tenso. Algunos jóvenes dormitan sobre sus mochilas, otros apuran el paso, la desconfianza se ha instalado y se deja sentir. Subimos a la sala de abordaje para encontrarnos con más pasajeros ansiosos por

subirse al avión. La guardia civil vigila la distancia indicada entre persona y persona. No se junten, no se hablen, *no se miren*.

Doscientos cincuenta pasajeros abordamos el avión de Iberia, la mayoría mexicanos, pocos de otras nacionalidades. Dentro del avión estaremos inevitablemente juntos, confiando en los vecinos de a lado. Nos ha tocado sentarnos junto a dos mujeres con cubre bocas enormes, dejando al descubierto los ojos. Sólo cuando han pasado las charolas con comida se han quitado los trapos de la boca. Les deseo buen provecho y una de ellas comenta: a *usted se le ve muy tranquila.* Y le respondo no tengo por qué no estarlo. *Por la edad de riesgo,* insiste. Yo sólo me río.

Luego de un viaje largo pero sin contratiempos aterrizamos en la Ciudad de México. En la aduana somos recibidos con la mayor normalidad y respeto. Agradezco no ser objeto de escudriño. Eso a muchos les parecerá irresponsable, sin embargo, a mí me parece un trato humano y digno. Mi hija bióloga nos recomienda que observemos y guardemos la cuarentena. Eso hicimos Francisco y yo, nos quedamos en la ciudad de México en compañía de mi hija y mi nieto. Jamás sentimos ningún rechazo de ellos; no así de otros familiares y amigos cercanos. A través de las pláticas telefónicas, se adivinaba no sólo preocupación por nuestra salud, sino cierto temor de ser un foco directo de infección. Era entendible, veníamos de un lugar donde, por contagio, diariamente se estaban muriendo centenares de personas.

Una semana después decidimos viajar a Oaxaca. Mi hija trabajaría a distancia igual que mi nieto estudiaría. Era mejor llegar a casa para continuar con la cuarentena. Una gran tristeza me invadió cuando mi segundo hijo, al pasar por nosotras a la terminal, no me abrazó, guardó su *sana distancia*. Días después confesó la preocupación que le invadía, no quería perder a sus seres queridos. Su hermana le aclaró como actuaba el virus y porque su madre, a esas alturas, era improbable que estuviera infectada.

Diez días después nos enteramos de la muerte de una señora de 61 años. Viajó en el mismo vuelo de regreso, ya contagiada con su sistema inmunológico deprimido, tenía cáncer y diabetes. Muy probablemente mi hijo y yo estuvimos en contacto con el virus ahí

o en otros sitios, pero nuestro sistema inmunológico estaba protegido por un nutraceútico que tomamos diariamente y además, en mi caso, por el uso habitual de homeopatía. Ambos actuaron como escudo. Así como el reírnos. Durante el viaje descubrí en Francisco, un gran gusto por el humor y la risa fácil. Esto nos subió las endorfinas y nos ayudó a matar el miedo. Ese miedo institucionalizado que aunque uno no quiera, penetra en la razón y en los sentidos.

Hoy continúo en el encierro recomendado por las autoridades de salud y respetando la consigna social. No se sabe hasta cuándo la vida cotidiana podrá tomar de nuevo su cauce. Un cauce diferente, el planeta lo merece y la humanidad tendrá que actuar en consecuencia. Mucha información ha saturado los teléfonos y los medios de difusión. Algunos artículos realmente interesantes dando luces sobre lo ocurrido, otros útiles para sobrevivir en medio del caos. Unos de humor que ayudan a combatir el miedo. Me siento afortunada estoy en compañía de Nadia, Juan Pablo y Matías, mi nieto. Francisco decidió quedarse en la Ciudad de México. Nosotros nos acompañamos, nos dividimos las tareas, leemos algunas notas en los periódicos digitales, no vemos televisión, oímos música, hablamos por teléfono con los amigos y la familia, cuidamos las plantas del jardín y vemos algunas series interesantes para pasar el rato, leemos y escribimos.

Hoy 4 de abril, me he despertado con la noticia de la muerte de Luis Eduardo Aute, quien hace cuatro años sufrió un infarto y estuvo inconsciente; ahora, en estos días inciertos decidió irse de este plano de la existencia. Estoy escuchando un concierto compartido con Silvio Rodríguez y el corazón se me llena de recuerdos y alegría. Gracias por “pasar por aquí”; “de alguna manera tendré que olvidarte”, pero su música seguirá para la eternidad. Con Aute continuaremos vibrando en el amor y no en el miedo. Y confiando en la humanidad y su posibilidad de transformación.

Oaxaca de Juárez, México, 4 de abril de 2020.